

PANORAMA HISTORICO EN TORNO A LAS DIVERSAS TEORIAS SOBRE EL COMIENZO DE LA VIDA HUMANA

Dr. Antonio Pardo

Departamento de Bioética, Universidad de Navarra

Introducción

Antes que nada, quisiera agradecer a los organizadores de esta Jornada de trabajo su invitación a participar con un tema especialmente denso. Confío poder hacer ameno lo que es, en sustancia, conceptos filosóficos.

Al reservar para una sola sesión la cuestión de la historia de las teorías sobre el comienzo de la vida humana, me parece que corremos el peligro de caer en una visión un tanto superficial de lo que queremos mostrar. Sin embargo, aunque no podamos entrar en demasiados detalles, podemos decir lo suficiente como para marcar una serie de hitos que sirvan de orientación para entender la escena actual y las teorías en boga al respecto.

Pero antes de comenzar quisiera marcar unos límites a mi intervención, límites que no son arbitrarios, sino absolutamente necesarios: muchos de mis colegas no los respetan, y los resultados dejan mucho que desear. Se trata de delimitar cuidadosamente lo que entendemos por teoría. Si esta exposición va a hablar de teorías, es necesario que aclaremos antes este extremo, para no caer en el error de convertir la historia de otras épocas en historia de las teorías de otras épocas que no tuvieron elaboraciones teóricas. Sería un anacronismo iniciar este tipo de elaboración que, como veremos, traslada a otros momen-

tos históricos modos de enfocar la realidad que sólo corresponden a la civilización en que vivimos.

1. Qué es teoría

Cuando intentamos describir lo que sucedió en otras épocas, al respecto de lo que sea (acontecimientos, maneras de actuar, maneras de enfocar las situaciones de la vida, etc.), nosotros, occidentales modernos, intentamos comunicar, no los hechos escuetos, sino ideas que permiten transmitir el 'quid' de las cuestiones. De alguna manera, nosotros admitimos que ese 'quid' contiene y transmite adecuadamente lo principal de los asuntos. Por esta razón, en estudios históricos como el actual, la manera de realizar una explicación consiste en llegar a ese núcleo teórico explicativo que aclara cómo vivió o cómo pensó esa época distinta de la actual que estamos intentando comunicar.

Sin embargo, esto no significa que toda época tuviera ideas teóricas sobre su propio modo de vivir: para vivir no hace falta teoría sobre el modo de vivir. Simplemente se vive, con unas prácticas comúnmente aceptadas en esa sociedad.

Por esta razón, hacer un estudio de las ideas de otras épocas restringe nuestro estudio a las épocas que reflexionaron sobre su modo de vivir y encontraron una explicación teórica sobre él. Intentar un estudio de las ideas sobre el comienzo de la vida humana en culturas que no se plantearon los porqué de las cosas no puede alcanzar un resultado teórico: es un anacronismo, que aplica a esa cultura, que no tuvo teoría, las categorías

mentales de nuestra cultura occidental, que sí la tiene.

Así, analizar las ideas de la cultura hindú o china sobre el comienzo de la vida, puede llegar a resultados interesantes: ese estudio nos desvela su modo de vivir. Pero ni los hindúes ni los chinos tuvieron una elaboración teórica sobre ese modo de vivir. No se puede decir que ellos pensaban así, sino que ellos vivían así, que es cuestión bastante distinta. En suma: sólo se puede hablar de cultura o de civilización cuando en una sociedad existe la teoría o la ciencia, y no toda sociedad tiene ni tuvo ciencia ni teoría.

Por desgracia, numerosos estudios de historia de las ideas (por ejemplo, de historia de la Medicina) engloban esas épocas que carecieron de ideas sobre su propio modo de vivir: son estudios anacrónicos. Y, hoy, por influencia de otros factores culturales, se tiende a minusvalorar el contenido de nuestra cultura occidental y a buscar en otras "culturas" ideas alternativas que nos inspiren otros modos de vivir. Ese modo de proceder desconoce que esas otras "culturas" no se pueden denominar propiamente tales: no todo conjunto de hombres que edificó monumentos se puede denominar civilización.

Un estudio teórico tiene consigo una presunción de superioridad, que no es egocentrismo de nuestra cultura occidental: es reconocimiento de que el conocimiento teórico puede alcanzar más allá que cualquier tradición o modo de vivir. El estudio teórico alcanza algo supratemporal, eterno en cierto modo, con la atemporalidad que tienen las ideas en comparación con las cosas variables y mudables que nos circundan.

Cuando se posee, al menos en cierto grado, la teoría, se está en condiciones de superioridad. Se pueden examinar otras épocas, entenderlas tal como se entendieron a ellas mismas, para juzgarlas a continuación desde una óptica superior, que no viene proporcionada por el mero examen de los hechos históricos, sino por ideas que son, por definición, suprahistóricas. Este juicio se realiza, no porque juzguemos desde nuestro modo de vivir, sino porque juzgamos desde la teoría, desde la ciencia. Por tanto, nuestra civilización está en condiciones de juzgar a las demás, mientras que las otras "civilizaciones" no pueden realizar dicho juicio. Y el juicio histórico realizado por occidentales no es relegación injusta de otras culturas.

Hacer teoría es descubrir, en las cuestiones pasajeras y móviles de este mundo, el 'quid' inmutable, que es, por eso mismo, punto de referencia obligado a la hora de tratar de ese tema. Los occidentales no pretendemos haber alcanzado la teoría, y por tanto ser capaces de juzgar apodicticamente sobre las cosas de este mundo. Pero los occidentales sí que nos hemos propuesto alcanzar la teoría o ciencia. Aunque nunca la lograremos alcanzar de modo completo, sí estamos en condiciones de comenzar a realizar juicios sobre otras ideas, culturas, etc. Coherentemente con este modo de enfocar la realidad, sólo los occidentales derivamos el modo de vivir de las ideas sobre el modo de vivir, y podemos tener historia de las ideas, en una palabra, de la filosofía, que es la sistematización de las ideas.

Por esta razón, sólo hay historia del pensamiento occidental. En otros lugares hay crónicas de lo que hicieron los reyes y mag-

nates, pero no historia. Aparte de Occidente, hay hombres que viven, pero que no basan su vivir en ideas sobre el modo de vivir ideal (filosofía política), sino en cuestiones que tienen más que ver con una tradición ancestral y una normativa religiosa étnico-política, que muchas veces dista de ser razonable. Basta intentar analizar con un poco de rigor las erróneamente denominadas filosofías orientales para darse cuenta de que se trata de religiones: predicán un modo de vivir, una ascesis, etc., pero sus contradicciones internas se manifiestan a poco que se realice un análisis filosófico medianamente riguroso.

Vistos estos prolegómenos, ya estamos en condiciones de comenzar un análisis de la historia de las ideas sobre el comienzo de la vida humana, es decir, de las ideas occidentales sobre el comienzo de la vida humana. Por tanto, nuestro campo de trabajo comienza con la antigua Grecia, y sigue con los lugares que heredaron su mentalidad: Occidente. Veremos sucesivamente las teorías iniciales habidas en Grecia, el desarrollo cristiano, la transformación moderna, y las manifestaciones contemporáneas que son consecuencia del modo moderno de entender el ser humano.

2. Las primeras teorías occidentales

Los primeros esbozos filosóficos de la antigua Grecia son por sí mismos un capítulo interesantísimo de la historia de la Filosofía. Aun a riesgo de dar la impresión de una visión griega relativamente uniforme del hombre (que admite lo que hoy llamaríamos su espiritualidad), limitaremos el estudio a las figuras cumbres de Platón y Aristóteles.

Platón y la existencia previa del alma

Sócrates y su discípulo Platón suponen un movimiento de reacción a lo que hoy denominaríamos ciencia empírica. Surgida poco antes, intenta dar una explicación del mundo (es el comienzo de la ciencia o filosofía) a base de los elementos materiales que componen las cosas. Les sonará la explicación de que las cosas están hechas de agua, tierra, aire y fuego. Algunos, más sofisticados, plantearon la infinidad de elementos constitutivos de las cosas: el atomismo de Empédocles.

Esta visión exclusivamente material del mundo deja lo humano en un vacío explicativo. Sócrates inicia una reacción que hoy día llamaríamos ética, que Platón completa con la estructuración social, los arranques de la filosofía política. Podríamos resumir su postura del siguiente modo: si hay horizontes éticos, el hombre no puede ser una mera mezcla de elementos (que ellos admiten, es la opinión científica admitida en su época). Debe haber algo más, que es superior a la materia y a las leyes de la necesidad a que ésta está sujeta. El ámbito de la libertad y del bien y del mal moral debe poder explicarse por otros presupuestos: lo que hoy llamaríamos el espíritu.

Sócrates, dentro de este argumento de base, descubre gran cantidad de cuestiones éticas: el objetivo de la vida humana es el cultivo del alma. Su medio es la dirección espiritual, y la *paideia* griega tiene como objetivo ese crecimiento del alma. Sólo Platón se plantea, de modo puramente teórico, las implicaciones de esta manera de ver al hombre, implicaciones que hoy llamaríamos antropológicas.

Su solución, ya teoría filosófica, se deriva en parte de las religiones místicas de origen oriental, que sostienen la reencarnación como

fundamento de su práctica religiosa. El hombre no sería propiamente lo que se ve. Sería lo que hoy día llamaríamos el espíritu. Como una realidad de este tipo no puede generarse por combinaciones de elementos, como los demás objetos que contemplamos, no sería posible ponerle un momento de origen. Es más: como su naturaleza es la misma que la de las ideas, pues puede pensarlas, su duración tiene que ser similar a ellas. Y las ideas, como hemos visto, tienen una característica de atemporalidad o supratemporalidad.

El hombre, por tanto, sería una realidad exclusivamente espiritual, que cae en una materia. Allí debe intentar gobernar el cuerpo en el que cae, al modo de un auriga que dirige su biga, tirada por dos caballos, uno el apetito concupiscible y otro el irascible. El objeto de la vida humana sería conducir ese carro de modo que el alma alcance su perfección espiritual propia, de modo que, al corromperse el cuerpo que habitamos, el alma, acostumbrada a la contemplación de las cosas espirituales, y no rebajada a lo que pretenden sus apetitos, pueda volver a contemplar las ideas del mundo del que salió y al que vuelve. Todo hombre ha existido siempre. El problema del momento de entrada en el cuerpo no es objeto de su estudio filosófico.

Aristóteles y la existencia encarnada

Aristóteles, aunque heredero muy directo de muchas tesis socráticas y platónicas, no puede aceptar esta antropología, que podríamos llamar espiritualista. Es un buen estudioso de la naturaleza, está acostumbrado a los estudios de biología, y su ex alumno Alejandro Magno le remite especímenes de

los animales y plantas que encuentra en su conquista de Asia.

Esta concepción más realista, más apoyada en la experiencia, de Aristóteles, le hace concebir al hombre de muy distinta manera a su maestro Platón. La observación le muestra que el cuerpo humano no es como un aditamento del hombre, sino que es algo constitutivo, al igual que el cuerpo animal es constitutivo del animal. Sin embargo, simultáneamente descubre que el hombre tiene unas capacidades que ningún animal posee: el pensamiento abstracto y la posibilidad de decidir. Estas capacidades, como le muestra un sencillo análisis que expone en su tratado *Sobre el alma*, no puede derivarse de ninguna capacidad corpórea u orgánica. Por tanto, en el hombre debe haber algo más, espíritu o nous. Pero ya no se trata de una realidad extraña al cuerpo humano. El espíritu humano está en el cuerpo y sólo se manifiesta en el cuerpo. El hombre es un espíritu encarnado. Sus apetitos, estados de ánimo, etc., no son algo extraño que deba dominar, pero sin pertenecerle, sino que son parte de él mismo. Por tanto, el hombre comienza cuando existe un cuerpo organizado que podemos llamar humano, cosa que él determinaba por su aspecto externo.

La observación de fetos abortados le lleva a afirmar que ese cuerpo organizado típicamente humano se da a los 40 días en el caso del hombre y a los 80 días en el caso de la mujer. Cualquier persona con conocimientos de embriología conoce que el aspecto externo de los genitales se reconoce más tarde en el caso del feto femenino: a este respecto, Aristóteles no tiene prejuicios contra la mujer, sino que se limita a intentar explicar

los hechos observados, como buen científico. Esto no quita que, en otras cuestiones, como hombre libre griego, sí tuviera prejuicios contra la mujer, pero este no es el caso en la cuestión de la animación. A la vista de los datos macroscópicos, su afirmación no puede ser más coherente con su explicación de lo que es el hombre.

3. Derivaciones cristianas

Aunque, como hemos mencionado, hay también en la Grecia clásica corrientes de filosofía materialista o mecanicista, sólo las explicaciones de Platón y Aristóteles alcanzaron a perdurar. Habían logrado, de un modo bastante acertado, dar con las claves básicas para entender la vida humana.

Neoplatonismo corregido y cristianismo

Debido a los avatares de la vida política, Aristóteles cayó en desgracia en Atenas. Murió en el exilio. Sus discípulos ocultaron sus apuntes de clase para evitar que fueran destruidos. Como consecuencia, su filosofía sufrió un paréntesis de dos siglos que fue fatal para su continuidad. Cuando se editó en el siglo 1 a.C., la filosofía de su maestro Platón se había desarrollado notablemente, y sólo sus obras de lógica tuvieron eco en el ambiente filosófico de la Roma imperial.

Durante ese periodo, los filósofos de la escuela de Platón hablan reflexionado sobre las teorías originales de su maestro, y les hablan introducido correcciones substanciales. Concretamente, hablan reconocido que el alma del hombre no es como algo extraño al cuerpo, sino que formaba una unidad con él. Su origen debía remitirse, por tanto, al ori-

gen del cuerpo humano como cuerpo organizado. Sin embargo, como filosofía de corte menos científico y más espiritualista, el neoplatonismo no se preocupó del momento concreto de dicha unión o, por mejor decir, por el momento concreto de la aparición de un cuerpo humano organizado. Junto con esto, el neoplatonismo tiene dificultades para explicar cómo es esa unión entre el espíritu y el cuerpo, pero no es cuestión que preocupara excesivamente en esa época. Sus preocupaciones se dirigieron más a explicar la naturaleza de Dios, la creación, etc.

Esta filosofía platónica corregida es la que predomina en los primeros siglos del cristianismo. Pero el cristianismo tiene un hecho, la Encarnación del Verbo, que aporta un dato interesante a la cuestión que nos ocupa. El dato es que la encarnación, la aparición de Jesús Hombre en este mundo, sucede en el momento en que la Virgen María accede a su misión de madre del Redentor. Y ese momento siempre se sitúa, en la tradición cristiana, 9 meses antes de la Navidad. La consecuencia es clara: la animación sucede en el mismo instante en que hay cuerpo humano, tenga éste el aspecto que tenga.

Cuando algún autor del siglo IV plantea la cuestión de la animación retardada, basándose en textos ya recuperados de Aristóteles, su opinión es rechazada por los mejores filósofos cristianos que, con gran sentido común, asocian el alma o espíritu con la aparición de un cuerpo humano orgánico y viviente. No ha lugar el argumento aristotélico.

Un pasaje apócrifo de la Escritura: la animación retardada

Es desde dentro del propio ámbito cristiano desde donde se rompe esta idea, sostenida por la filosofía cristiana antigua. Y el motivo de ruptura se debe a un pasaje del Antiguo Testamento que, en su traducción de los LXX, establece penas distintas para quien cause una lesión a una mujer embarazada y provoque un aborto si el feto está formado o si es informe. Paradójicamente, este pasaje no existe en la versión hebrea de la Biblia. Es un añadido realizado por los traductores al griego.

La popularización de esta traducción de la Biblia, vertida posteriormente al latín por San Jerónimo (la Vulgata), junto con el decaimiento de la filosofía en los comienzos de la Edad Media, hace que se comience a aceptar progresivamente la tesis de la animación retardada. A raíz de lo que hoy denominamos la fecundación, empezaría su vida un nuevo cuerpo, que se iría formando progresivamente. Sólo cuando tuviera un aspecto plenamente humano accedería a él el alma espiritual.

Esto introduce problemas, incluso para la tradición cristiana: el milagro de la Encarnación debería ser doble; no sólo que se encarnara el Verbo de Dios, sino que su comienzo fuera ya directamente en un cuerpo formado, sin seguir las leyes de la naturaleza en lo que respecta al desarrollo progresivo del organismo.

La pena canónica al aborto y la filosofía medieval

En buena medida como consecuencia de este pasaje apócrifo de la Biblia, las sentencias de penas canónicas que imponía la Iglesia al pecado de aborto se diferenciaron, según el feto estuviera formado o fuera todavía infor-

me. En el caso del feto informe, la pena era más leve que en el caso de que el feto estuviera ya formado. La pena en el caso de feto formado era equiparable a la pena por asesinato, mientras que era mucho más leve (aunque siempre condenada y penada) si el aborto expulsaba un feto informe.

El enorme desarrollo y florecimiento de la filosofía en el siglo XII, y especialmente en el XIII, debió enfrentarse con esta diferencia de penas, y elaboró una explicación doble: una basada en la filosofía que parte de Platón, a través de San Agustín, y otra que retorna la filosofía aristotélica, que vuelve a conocerse en Occidente a mediados del siglo XIII.

La filosofía agustinista admitía varias formas o almas simultáneamente en un ser vivo. Según ella, un caballo tiene alma vegetal (pues respira y se nutre) y animal (pues se mueve, siente, etc.), simultáneamente. No era difícil, en el caso del hombre, aceptar que, a lo largo de su desarrollo, tenía en primer lugar sólo un alma vegetal o vegetativa, posteriormente se le añadía un alma animal o sensitiva, y por último se añadía el alma espiritual, que permitía decir que ese ser orgánico era hombre o persona.

La recuperación de la filosofía aristotélica, obrada por Tomás de Aquino, no acepta semejante explicación. El alma, como mostró Aristóteles en su tratado, es el acto de un cuerpo orgánico, la explicación de la actividad y del movimiento de un viviente. Como un ser vivo es una unidad, sólo puede tener un principio de vitalidad: sólo puede haber un alma. Como consecuencia, intentando adaptarse a la praxis canónica de su época, y aceptando simultáneamente la tesis aristotélica de la unidad del alma, expone casi literalmente la

hipótesis de la animación retardada del Estagirita: el cuerpo humano se forma poco a poco (es la evidencia macroscópica), de modo que, al comienzo, tendría un alma vegetativa (la que le corresponde según el modo de vivir orgánico que tiene en ese momento). Pero, conforme progresa el desarrollo, que se produce por la actividad que el semen ha introducido en la semilla femenina, el cuerpo se organiza hasta ser capaz de operaciones animales; tendría entonces un alma sensitiva o animal, que reemplaza a la anterior. Por último, cuando el cuerpo es típicamente humano, el alma es humana y espiritual.

Para entender adecuadamente la explicación tomista, hay que tener en cuenta que un alma no "reemplaza" a otra. El alma es el acto o actividad del cuerpo. Simplemente, cuando el cuerpo se desarrolla, su actividad vital es distinta. Podríamos decir que el alma se "desarrolla" con el cuerpo. Sí queda evidente, de todos modos, que el alma espiritual supone algo que no viene de la materia: es espíritu creado directamente por Dios. Aristóteles se limitaba a afirmar que "el nous -o espíritu- viene de fuera" al cuerpo.

4. La Ilustración: separación de la materia y el espíritu

El siglo XVII supone el origen de un nuevo modo de entender el mundo. Por una parte, se trata de explicar las cosas materiales a partir de los datos empíricos exclusivamente, dando una explicación en mayor o menor medida mecanicista. Y, por otra, se trata de explicar el mundo de las ideas, no mediante una aproximación progresiva a la teoría o sabiduría, sino mediante un intento de

deducción lógica total y omnicompreensiva: el racionalismo.

El máximo exponente del origen de este nuevo modo de pensar es Descartes. Tras haber estudiado filosofía escolástica (muy degenerada desde su época de esplendor en el siglo XIII), decide empezar de cero. Y considera que la realidad está compuesta de cosas materiales (*res extensa*) y espíritu (*res cogitans*).

Problemas para explicar la persona

Este nuevo modo de concebir la realidad le plantea, y deja sin resolver para las generaciones futuras, el problema de la conexión entre el cuerpo y el espíritu. Descartes afirmó que se unían en la glándula pineal, cuestión que no tiene mucho sentido, pues ésta es, a fin de cuentas, una *res extensa* más, que no se sabe cómo se puede unir al espíritu. El problema es de tal calibre, que pasa a un segundo plano la determinación de cuándo llega el espíritu al cuerpo.

Por otra parte, en su época sigue vigente la praxis canónica que diferencia la pena de aborto según el grado de formación del feto y, aunque en el ámbito de la teología hay alguna voz que defiende la animación inmediata, en el ambiente filosófico cristiano continúa predominando la herencia medieval de la animación retardada.

5. Las tesis contemporáneas

El siglo actual viene a introducir novedades en este panorama, sobre todo de la mano del progresivo desarrollo de la biología, comenzado siglos antes. Junto con este avance científico, comienza a finales del siglo

pasado una recuperación de la filosofía de Santo Tomás dentro del ámbito eclesiástico, y de Aristóteles en las Facultades de Filosofía: ediciones críticas, monografías, etc.

La animación retardada

La primera evidencia que el desarrollo de la embriología aporta es que, efectivamente, tal como observó Aristóteles, el embrión humano pasa por fases morfológicas en las que es muy parecido a otros seres inferiores. Recordarán el axioma de "la ontogenia es una recopilación de la filogenia". Por tanto, desde el punto de vista científico, aparece un nuevo apoyo a la tesis medieval de la animación retardada.

Sin embargo, hay que mencionar algunos detalles relevantes: esta recuperación de la filosofía aristotélica se hace de un modo parcial, admitiendo tesis extrañas a las de Aristóteles, e incompatibles con su filosofía. Se trata, en buena medida, de un filosofar ecléctico, poco riguroso, que acepta tesis probables a base, muchas veces, de argumentos de autoridad. Concretamente, muchos de los autores que defienden la animación retardada, herederos a fin de cuentas de la época moderna y de la nueva ciencia, tienen, en el fondo, una concepción de alma parecida a la *res cogitans* de Descartes, y no una concepción del alma como acto o actividad del cuerpo. La animación es la creación de un espíritu humano por Dios de la nada y su introducción en un cuerpo, que le es en cierta medida extraño. La Filosofía platónica todavía flota en el ambiente.

El avance de la Biología y el origen de la persona

Es a partir de mediados de este siglo cuando se producen avances, tanto en filosofía

como en biología, que van a alterar este panorama. En filosofía, la recuperación de Aristóteles y Santo Tomás, y el avance a partir de sus líneas maestras de pensamiento, van a ser notorios. Comienzan a criticarse como espúreas las tesis de la pluralidad de almas, del espíritu como algo extraño al cuerpo, etc.

Simultáneamente, en biología, se descubre que, aparte de la organización morfológica microscópica, existen mecanismos moleculares (la genética, la moderna bioquímica) que permiten establecer diferencias entre seres morfológicamente muy parecidos.

La combinación de este doble avance da un resultado muy claro: si el cuerpo humano es típicamente humano ya en los primeros momentos, aunque morfológicamente no aparente ser todavía humano, es un cuerpo humano viviente. Y a un cuerpo viviente le corresponde un acto o alma propia de su especie, en este caso, un alma humana que, por definición, es espíritu. Por tanto, se puede decir que la argumentación de Aristóteles y Santo Tomás era buena, pero que, simplemente, desconocieron todos los datos que la ciencia moderna viene a ofrecer. Si hubieran vivido hoy, su filosofar les hubiera llevado a la tesis de la animación inmediata.

En el campo eclesial, se viene a sumar el reciente cambio en la praxis canónica: el aborto queda como una de las pocas causas de excomunión '*latae sententiae*' en la legislación de la Iglesia, pero sin que se distinga si el feto está o no formado. Desaparece así una de las dificultades (muy leve por otra parte) a la tesis de la animación inmediata. Además, es conveniente señalar que la Iglesia no se ha querido pronunciar doctrinalmente sobre esta cuestión. Lo más próxi-

mo que ha querido afirmar, en la Instrucción Donum Vitae, es que, si ese ser recién formado tras la fecundación no es un hombre, y por tanto una persona, no se ve qué cosa pueda ser.

La "animación retardada" como consideración funcional de la persona.

Sin embargo, la antropología dualista que se deriva de Descartes ha seguido sus desarrollos en el siglo actual. Por una parte, ha mantenido que la explicación radical de la realidad es puramente científica, a partir de los hechos empíricos. Aunque la crisis contemporánea del positivismo debía haber eliminado hace tiempo este modo de pensar, el hecho es que es una idea muy difundida. Y, en segundo lugar, sigue manteniendo, con algunas modificaciones, la naturaleza espiritual de; hombre (el hombre es autoconciencia, 'self', como dicen los anglosajones). Persiste el problema de explicar su unión a la materia, pero es cuestión que intenta parchearse con el moderno emergentismo materialista: la autoconciencia sería un fenómeno emergente de las conexiones neuronales, del mismo modo que el color sería fenómeno emergente de los dobles enlaces moleculares. No parecen darse cuenta de que, aunque sean fenómenos coincidentes, pertenecen a distinto orden de cosas y no se puede afirmar que pensar es sólo juego de neuronas.

Pero si el hombre y la persona es una autoconciencia que radica en un cuerpo, sólo puede hablarse de persona cuando hay autoconciencia. Aparece así la persona como una realidad exclusivamente funcional. Si hay

manifestaciones de racionalidad, la realidad física del cuerpo merece la consideración que merece la persona. De lo contrario, sería una desproporción intentar tratar esa realidad como si lo fuera. No merecería más respeto que un animal, o que el aprecio que le tuviera alguien, pero ese ser no merecería por sí mismo la consideración de persona.

Los autores que defienden esta postura se remiten con mucha frecuencia a los textos sobre la animación retardada de la filosofía de Santo Tomás para defender su postura. El problema es que parten de postulados distintos, que tienen poco que ver con la realidad. Simplemente toman las frases de Santo Tomás, sin entender sus porqués. La postura que ellos defienden no tiene que ver con la tomista. Si entendieran lo que afirma Santo Tomás, no podrían considerar la persona como algo meramente funcional sino como una realidad substancial, que manifiesta toda su potencialidad sólo en ciertos momentos de su existencia, cuando se dan las condiciones adecuadas. Y, si aceptan los datos de la biología contemporánea, estarían obligados a aceptar la animación inmediata.

Como puede verse, al afirmar que la persona es una realidad funcional, hay más ideas en segundo plano, pero la extensión impuesta a esta exposición es un límite insalvable. Dejemos sin más dicho que, como se puede observar, la tesis recién afirmada choca frontalmente con el sentido ético más elemental. De hecho, es manifestación de los estertores de una modernidad, que está durando demasiado en el panorama intelectual.